

CAPÍTULO XIII.

Gotas de hiel.

Estamos en los últimos calores del verano; en uno de esos ardientes días de Agosto en que el sol comienza á dorar los apretados racimos de las vides y á sazonar el fruto que nace entre las menudas hojas de los olivos. Empiezan á disponerse las enormes vigas de las almazaras y las robustas prensas de los lagares, porque se acerca el tiempo en que ha de comenzar la doble vendimia de la uva y de la oliva. El pan del invierno está ya en las trojes, y sólo falta envasar el vino y el aceite.

El verdor movable de los sembrados que cercaban al pueblo teatro principal de esta verdadera historia, ha desaparecido, dejando los desiertos rastros por donde han pasado la corva hoz de los segadores y los pies desnudos de las espigadoras. La vista se pierde en la sucesión prolongada de los surcos endurecidos, abiertos en la época de la siembra por la aguda reja del arado.

En las eras abandonadas sólo queda el polvo de la trilla, que el aire, fatigado por el calor de la siesta, no se atreve á levantar del suelo. Allí escaraban las gallinas insaciables, descubriendo granos

de trigo ocultos entre los restos de la paja, que los pájaros astutos les quitan, digámoslo así, de las manos.

Sobre el fondo amarillo del cuadro trazado por las eras y los rastros que se extienden hasta la falda de la sierra, esparcen los árboles su dudosa sombra, porque ya empiezan á perder aquella lozana majestad con que rejuvenecieron su sangre las lluvias de Abril y las auras de Mayo. Una á una iban cayendo las hojas desprendidas de los vástagos y abrasadas por los rayos del sol; pero los juncos, agrupados sobre los remansos que el agua formaba en los senos del cauce, parecían empeñados en conservar su juventud también fugitiva.

En las hondonadas de la huerta buscando la humedad, y en las vertientes de la sierra esperando ansiosos el perezoso beneficio de una lluvia tardía, levantaban los maizales sus pálidas copas, últimos verdores del verano.

Solamente los álamos tendían en el aire abrasado sus ramas siempre verdes, y, burlándose de las inconstancias de la naturaleza, miraban al sol cara á cara, mostrándole ufanos la vana pompa de sus hojas perpetuas.

Resplandecía el cielo como iluminado por las llamas de un incendio, de tal manera, que cegaba los ojos, se exhalaba de la tierra un vapor inflamado semejante á la respiración de un horno, y sobre las rocas de la sierra se reflejaba la luz en tonos amarillos, rojos y azules.

Allá á lo lejos, siguiendo la doble cinta de los álamos, se distinguían las paredes del monasterio entre los pinos, que lo cercaban como una paloma en su nido.

Tal era el conjunto que, poco más ó menos,

ofrecía el paisaje en el momento en que vamos á reanudar el hilo interrumpido de nuestro relato.

Así, con corta diferencia, se veía desde el balcón que daba á la pieza que Gabriel ocupaba en la casa solariega de su padrino.

Se hallaba esta pieza en el ángulo de la casa opuesto al que ocupaban las habitaciones del comandante, y era uno de los dos gabinetes que se hallaban abiertos en los extremos de la sala principal, con la que se comunicaban por medio de grandes mamparas hechas de lienzo barnizado, en el que aún se distinguían los ramos de flores pintadas de brocha gorda en uno y otro lienzo.

Desde el balcón, y á través de los vidrios, en su mayor parte rotos, y en su totalidad empolvados, que cubrían los postigos, contemplaba Gabriel el cuadro que le ofrecía la campiña.

Nada de particular presentaba la habitación destinada por el comandante á su huésped, aunque un anticuario habría encontrado en ella un curioso museo de antigüedades. Hasta el polvo que descansaba en los pliegues de las cortinas y en las molduras de los muebles debía tener larga fecha, y el arqueólogo menos perspicuo habría podido asegurar que era polvo de mediados del siglo xviii.

No obstante, la vista tropezaba con un objeto extraño, moderno al parecer por su aspecto nuevo, y antiguo, muy antiguo, por la figura. Era una caja, sin duda alguna de madera, forrada de piel negra, que se hallaba sobre el asiento de damasco envejecido de una de las pesadas sillas que decoraban las paredes. Esta caja tenía exactamente la figura de un ataúd, y vendría á caber en ella el cadáver de un niño recién nacido; era una pequeña caja fúnebre, que al mismo tiempo parecía un gran estuche.

Mientras Gabriel examinaba el paisaje, el P. Antonio hojeaba un libro que había sobre la mesa, y que llevaba por título *Confesiones de San Agustín*.

—¡Gran Santo! (exclamó, volviendo una hoja.) ¡Magnífica lumbreira de la Iglesia!....

Volvió Gabriel los ojos hacia el P. Antonio, y completó la exclamación, añadiendo :

—¡Digno hijo de Santa Mónica!

—Sí, señor (se apresuró á decir). ¡Qué madre!.... ¡Qué madre aquella!....

—¡Ah! (suspiró Gabriel.) Mi madre.... ¡era también muy buena!

El P. Antonio vió una ocasión propicia para enaltecer á los ojos de Gabriel las cualidades de su cómplice, y dijo á renglón seguido :

—Pues... ¿y la madre de Rosalía?

Esta pregunta no obtuvo respuesta; pero advirtió claramente el buen efecto que causaba, porque los ojos del joven, entristecidos por el recuerdo de su madre, se iluminaron dulcemente al oír las palabras del P. Antonio. Era, pues, evidente que la viuda había sabido apoderarse, en dos meses escasos, de aquel corazón de veinte años, huérfano de todo cariño.

Restregóse mentalmente las manos, satisfecho del éxito de sus averiguaciones. El complot marchaba á las mil maravillas.

—En punto á madres (añadió), estamos perfectamente.

Con esta distinción quiso decir, sin duda, que no era del mismo parecer respecto á los padres; pero por lo visto reprimió las tentaciones que tal vez sentía de inculcar en el ánimo de Gabriel cierta desconfianza acerca de algunos padres; esto es, de algunos padrinos.

—Las madres (siguió diciendo) comprenden mejor el corazón de sus hijos.... ellas no los engañan nunca; pero.... los hombres (no quiso decir padres) no sienten aquella ternura desinteresada y santa que Dios ha puesto en el alma de las mujeres para que sepan ser madres.

No nos sorprenderá que Gabriel escuchara con tierna complacencia las frases del P. Antonio, pues debían encontrar un eco profundo en su corazón, puesto que llevaba en él vivo el recuerdo de su madre muerta.

La elocuencia del buen sacerdote se encontraba, digámoslo así, con un auditorio favorable, pronto á coronar de sinceros aplausos los esfuerzos del orador; pero se aumentó súbitamente el público, abriéndose de par en par la mampara interpuesta entre la sala y el gabinete, apareciendo la figura intempestiva del comandante.

Maldita la gracia que le hizo al P. Antonio esta aparición en el momento en que acababa de ponerle el paño al púlpito y empezar el exordio del sermón que tenía preparado en favor de las madres piadosas y en contra de los padres impíos.

Así es que no pudo disimular un movimiento de disgusto al ver la fría sonrisa del comandante. Por lo que hace á Gabriel, bajó respetuosamente los ojos ante la presencia inesperada de su padrino.

—Muy bien (dijo el hermano de la viuda). Por lo que he oído al abrir la mampara, el señor cura hacía un entusiasta elogio de las mujeres. ¿No es esto?

Hizo el P. Antonio un signo afirmativo, porque su inocencia no previó el punto adonde se dirigían las palabras del comandante. Éste siguió diciendo:

—No sé si semejante asunto sienta bien en los

labios de un ministro del Señor, consagrado á la austeridad de la penitencia; pero de seguro ha de sonar muy bien en los cándidos oídos de un muchacho de veinte años, que tiene, como es natural, la cabeza llena de quimeras. Por eso encuentro á mi ahijado oyendo el sermón con la boca abierta.

Al oír estas últimas palabras, Gabriel se puso encarnado, ni más ni menos que si toda la sangre de su corazón se le hubiera subido al rostro.

¿Era indignación? ¿era vergüenza?... ¿Y por qué había de indignarse de la observación hecha por su padrino, que si en los primeros días mostró cierta reserva y cierto ceño, después había ido cambiando, mostrándose alegre, comunicativo y bromista? ¿Y qué vergüenza podían causarle aquellas palabras, hasta cierto punto afectuosas, que, en resumen, sólo le echaban en cara estas dos envidiables faltas: su juventud y su inocencia?

No podía ser indignación ni vergüenza; el cambio de su fisonomía expresaba más bien rubor, ese rubor virginal que asoma á las mejillas de las jóvenes cuando sienten por primera vez las miradas de los hombres que van en busca de los íntimos secretos de su alma; el pudor que tiñe las hojas de las rosas que empiezan á abrirse cuando el sol las mira.

¿Le habría descubierto su padrino con aquella inesperada salida la causa verdadera de la viva atención con que escuchaba las palabras del P. Antonio?

Sea lo que quiera, el repentino color que inundó su rostro puede servirnos de indicio para sospechar que algún vago sentimiento de naciente ternura se agitaba en su corazón de veinte años.

Por su parte, el P. Antonio hizo un gesto de im-

paciencia, y salió al paso de las maliciosas palabras del comandante, diciendo:

—¡Bah!.... No hablábamos de mujeres.

—¿No?—preguntó el padrino, mirando á su ahijado.

—Hablábamos (contestó Gabriel) de las madres.

—¡Pues! (añadió el P. Antonio): de las madres, que no tienen nada que ver con las mujeres.

Semejante desatino hizo reír al comandante y sonreír á su ahijado, mientras el P. Antonio clavaba alternativamente la mirada en uno y en otro, con la expresión del que está seguro de lo que afirma.

—Bien mirado (dijo el hermano de la viuda), ese disparate encierra mucha exactitud. Las madres son la excepción que cada uno hace de la regla general á que más tarde ó más temprano sujetamos todos á las mujeres.

El P. Antonio se santiguó como el que, viendo el relámpago, espera el trueno, y volviendo los ojos á Gabriel, le hizo un signo negativo con la cabeza, advirtiéndole que no debía creer nada de lo que iba á oír.

—Es cierto (siguió diciendo el comandante) que las madres sienten hacia sus hijos un amor, cuya constancia se puede poner á prueba de todos los sacrificios. Verdaderamente no debe temer el hijo ninguna infidelidad en el cariño de su madre; no corre el peligro de que lo sustituya con otro más rico, más jóven, más hermoso ó más brillante; justo es convenir en ello: las madres son así, ó, por lo menos, parecen ser de esa manera, y no se les debe negar la constancia en el amor maternal; pero las mujeres, ya es otra cosa.

Si hemos de decir la verdad, al P. Antonio no le pareció tan descabellado como temía el juicio del

comandante acerca de las madres, y queriendo corregir la impremeditada seña con que antes previno el ánimo de Gabriel en contra de las palabras de su padre, se apresuró á confirmarlas, haciendo con la cabeza un signo afirmativo.

—Las mujeres son otra cosa (repitió el comandante). El que incurra en la torpeza de creer en sus palabras y en sus juramentos, merece que lo albar-den.... No niego yo que se preste cierto crédito á sus encantos mientras son jóvenes y hermosas, y aun esto con su cuenta y razón, porque la química ha adelantado tanto y la civilización las ha despertado de tal manera, que es prudente dudar de la juventud y poner en cuarentena la inocencia.

—¡Oh! ¡oh!—exclamó el P. Antonio, llevándose las manos á la cabeza.

Gabriel se atrevió á preguntar:

—¿En ese caso, padrino, la mujer es una bella mentira?

—Ni más ni menos.... Una armonía semejante á esas que tú produces con las cuerdas y el arco de tu violín: lo mismo que tú dices; una bella mentira.

—No (replicó Gabriel): eso no es posible.

—¡Bravo!—gritó el P. Antonio, sin poder contenerse.

El comandante miró á sus dos adversarios con desdén soberano, y repitió:

—Una bella mentira; ó, como ha dicho no sé qué grande hombre: la mujer es el bello defecto de la naturaleza.

—Los grandes hombres (insistió Gabriel) son precisamente los que suelen incurrir en los más lamentables errores.

—Justo,—añadió el P. Antonio, chocando con

fuerza ambas manos, como si quisiera añadir al asentimiento el aplauso.

—¡Pobre criatura! (exclamó el comandante, poniendo la mano sobre el hombro de su hijo.) Tú empiezas á vivir ahora, y no sabes nada de la vida. Shakespeare ó Byron, no recuerdo cuál de los dos, ha dicho: «Fragilidad, tú tienes nombre de mujer.»

—¡Mire V. qué Padres Santos cita! Jámás he leído esos nombres en mi Breviario.

—Shakespeare.... Byron.... (repitió Gabriel.) ¡Los poetas dicen tantas cosas!

—Otro pensador no menos célebre (añadió el comandante) nos ha dejado esta profunda sentencia: «La mujer más fiel tiene siempre lugar en su corazón para un segundo amante.»

—Eso sería horrible (replicó Gabriel con viveza). El que de ese modo las juzga, las calumnia. Quiero decir (añadió mitigando la vehemencia de la frase) que no las conoce.

—¿Y las conoces tú?... (preguntó el comandante.) ¡Bah! Ya las irás conociendo.

El P. Antonio abrió la boca para romper el fuego contra aquella barricada, oponiendo á las citas los ejemplos. Iba á confundir á su adversario con los innumerables nombres de las vírgenes, de las mártires y de las santas que llenan la gloriosa historia del cristianismo; pero se detuvo, espantado ante su misma idea: comprendió que iba á exponer á las burlas del comandante el heroísmo de las mártires, la virtud de las santas y la pureza de las vírgenes, y cerró la boca, sin atreverse á pronunciar ni una palabra.

El descreído filósofo siguió diciendo:

—¿Y por qué apelar al testimonio de nadie, cuando la razón natural lo dice? ¿Acaso son las mujeres

de materia impermeable para resistir al incentivo de los deseos y al impulso de las pasiones? ¿Dónde está la mujer hecha á prueba de bomba?

Aquí el P. Antonio se mordió los labios, y Gabriel dejó escapar un triste suspiro.

—Convengo con Vds. (añadió) en que son seductoras; pero todavía son más seducibles.... Preciosas criaturas que, semejantes á los espejos, sólo reflejan la imagen que tienen delante. El mundo está lleno de ingraticudes, de inconstancias, de infidelidades, porque al fin todas tienen su cuarto de hora. ¡Oh! El Gran Turco es el único hombre que lo entiende.

La expresión del rostro de Gabriel podía confundirse con la de aquel á quien se le hiciese paladear un brebaje amargo. Las palabras de su padrino caían en el fondo de su corazón como gotas de hiel, que emponzoñaban la tierna dulzura de su alma.

El P. Antonio se levantó impetuosamente, decidido á jugar el todo por el todo; pero el hermano de la viuda lo detuvo, diciendo:

—Voy á pronunciar mi última palabra.

El P. Antonio se tapó los oídos, y Gabriel abrió los ojos con la ansiedad del que va á fijar la mirada en un abismo sin fondo; mas en el momento en que iba á caer sobre la cara mitad del género humano la última palabra del comandante, se oyó allí cerca, casi allí mismo, una voz de mujer, dulce y risueña, que le hizo enmudecer, como si una mano invisible le hubiera arrancado la lengua.